

RECENSIONES

Carlos Monge C. y Fabiola León-Velarde S. *El Reto fisiológico de vivir en los Andes*. Editores Científicos. IFEA, Universidad Peruana Cayetano Heredia. Lima. 2003.

A fines del año 2003 se ha publicado un libro que trata uno de los problemas más serios que enfrenta la población de la región andina, el de la altura. No es nuestra intención hacer una revisión total de este volumen, pues ello escapa a nuestra especialidad. Además existe ya un erudito análisis del mismo hecho por Javier Arias-Stella en *Acta Herediana* (Segunda época, 2003-2004, 34: 58-66. Lima). Nos limitaremos a comentar solamente los dos primeros capítulos que tratan materias que son inherentes a nuestra profesión. La razón que nos mueve a hacerlo, es que el libro en cuestión está dirigido fundamentalmente a médicos y biólogos y ellos en general no están familiarizados (y no tienen por qué estarlo) con la literatura relacionada con la arqueología. Y si en el libro los editores han incluido la colaboración de un arqueólogo, se puede suponer que su texto es creíble y reúne la información más reciente que se ha publicado sobre la materia tratada. De modo que cuando los médicos y los biólogos deseen incluir en sus escritos conceptos relacionados con la arqueología, recurrirán sin duda a los capítulos iniciales de este libro. Que es justamente lo que ha sucedido con las reflexiones que sobre el volumen hiciera Arias-Stella y que, al repetir la información arqueológica vertida en el texto, en forma totalmente involuntaria incluye en su enjundioso análisis algunos errores. Es que el texto que toca la llegada de los primeros hombres a Sudamérica no tiene la calidad que debería tener. Nos remitimos a los hechos.

El primer capítulo escrito por Luis Guillermo Lumbreras y Fabiola León-Velarde S., versa sobre "El medio ambiente en los Andes". Ya el título es equívoco, en cuanto que el texto se refiere sólo a los Andes Centrales. Evidentemente, por lo menos desde nuestro punto de vista, este capítulo debió

ser si no el más importante uno de los más importantes del libro, por la simple razón de que si se quiere entender el reto que representa la altura para la población andina hay que reconocer con lujo de detalles el medio en el que ésta vive. Y esto es válido tanto para la Biología como para la Arqueología. Desafortunadamente los autores no sólo no lo han visto así, pues es un capítulo muy corto que ocupa sólo 11 páginas, sino que han tratado el tema en forma superficial y con una visión anticuada. Para darse cuenta de ello basta observar la bibliografía, en la que con respecto a esta materia sólo se menciona el libro de Dollfus (p. 39) que, a pesar del tiempo transcurrido desde su publicación sigue actual, pero no basta para entender la compleja geografía peruana. El texto de los autores no muestra el paisaje andino con la característica que más lo distingue, es decir su gran diversidad, que nos ha hecho ver fehacientemente Joseph Tosi Jr. y que ha sido divulgada por el *Mapa Ecológico del Perú* que publicara ONERN en 1976.

Además, en el texto hay confusión e inexactitudes. Por ejemplo, en la p. 32 se dice que “El Perú ocupa el territorio conocido como Andes Centrales. Es una región que se extiende entre los 6 y los 15 grados de latitud sur...”. Evidentemente para la definición de Andes Centrales se ha recurrido al concepto que utilizó Bennett para definir su Área de Cotradición. Pero el Perú actual ocupa un territorio más extenso, que se sitúa entre los paralelos 0°01'48" L.S. al norte y 18°21'03" en el extremo meridional. Por otro lado al referirse a la corriente fría que se desplaza frente a nuestra costa, se la denomina con insistencia como Corriente de Humboldt (pp. 33-34), término equivocado que se puede aceptar en el habla común pero no en un texto académico, pues su verdadero nombre es Corriente Peruana y así figura en los libros de geografía.

El segundo capítulo trata sobre los “Orígenes del habitante de los Andes” y ha sido escrito por Luis Guillermo Lumbreras. Lamentablemente el texto no sólo tiene muchas inexactitudes, sino además una visión muy anticuada que no toma en cuenta la información más reciente. Nos referiremos sólo a los desaciertos más saltantes. En una forma muy simplista el autor afirma que los primeros llegados a este continente “... no disponían de las condiciones particulares que nos hace diferentes a unos de otros” (p. 42). Todo el que tiene nociones sobre evolución humana sabe que desde el momento que hicieron su aparición los primeros homínidos en el continente africano, comenzaron a diferenciarse biológica y culturalmente. Y esta diferenciación se hizo más marcada cuando se expandieron por el orbe. Durante el Paleolítico Superior, que es cuando llegan los primeros pobladores al continente americano, la diferencia ya había llegado a niveles muy grandes.

El problema de la aparición de lo que los geólogos llaman Beringia, es decir el puente terrestre que se abrió entre Asia y América con la bajada del nivel del mar en los tiempos pleistocénicos, es tratado en el texto (p. 4) como si fuera

un fenómeno que se dio una sola vez. En realidad hubo muchos estadios e interestadios e incluso ellos se dieron antes de la llegada del hombre, y fueron aprovechados por la fauna que se desplazó en ambos sentidos, es decir de Asia a América y viceversa. El mapa con el que se quiere ilustrar este fenómeno (Fig. 2.1, p. 43) ha sido tomado evidentemente de un texto muy anticuado.

En la p. 44 se muestra desconocimiento total del desarrollo cultural de la humanidad. Pues se quiere explicar cómo los instrumentos en un determinado momento comienzan a desplazar el uso de ciertos órganos naturales como “los colmillos poderosos o garras” (sic!) (Nota bene, los primates no hacen uso de “colmillos y garras”), y se afirma que “... es en esa etapa en la que llegaron los primeros pobladores” al continente americano. Se desconoce que el hombre que llega al continente americano es un *Homo sapiens sapiens* que traía consigo la cultura del Paleolítico Superior, es decir una cultura muy desarrollada, fruto de una experiencia de más de dos millones de años, que le permitió vivir en la época más difícil de la historia de la humanidad, por lo menos desde el punto de vista climático.

En las pp. 46 y 47 se quiere explicar el poblamiento de América con un planteamiento ya superado. Durante mucho tiempo se aceptó que la única vía de entrada al continente americano ha sido por medio de Beringia, pero en la actualidad esto se ha convertido nuevamente en un debate entre los especialistas, pues cada día se acepta más una segunda posibilidad de entrada por la costa pacífica. Pero es más, ahora se plantea también un cruce por el Atlántico y hay quienes encuentran relaciones entre la cultura norteamericana Clovis con la del Solutrense de España y Francia. Esto no se puede ignorar en un texto científico. Y tampoco se puede afirmar que Ales Hrdlicka sostuvo que el hombre entró al continente americano “una sola vez” (p. 46), pues eso va contra la verdad de los hechos. Y no es posible decir ligeramente que la especie “*Homo sapiens*” se desplazó por el planeta, al tratar el asunto en un contexto como el del poblamiento de nuestro continente (p. 46). El que llegó –repetimos– fue un *Homo sapiens sapiens*, es decir un hombre moderno, lo cual es muy diferente.

Al tratar la problemática de la llegada del hombre a los Andes Centrales, el autor utiliza para la parte serrana, sin ningún sentido crítico, la información del Proyecto Ayacucho (p. 48-49). De dicho proyecto se han publicado sólo tres tomos de informes finales que tienen no sólo errores, sino fuertes contradicciones entre los diferentes autores que formaron parte del equipo que trabajó bajo la guía de Richard MacNeish. Y los tomos que faltan no han sido publicados justamente por esos problemas. Hubiera sido saludable que Lumbreras, que formó parte del proyecto, hubiera aprovechado de esta oportunidad para hacer un análisis crítico de los resultados a la luz de los conocimientos actuales. No se debe divulgar errores de esta manera.

La parte realativa a las primeras ocupaciones costeras muestra una gran confusión de ideas y desconocimiento del tema. En primer lugar se ignora completamente los planteamientos de James Richardson sobre las ocupaciones tempranas a lo largo del río Chira, de la Quebrada Siches en el área de Pariñas y Talara.

El Complejo Paijanense o Complejo Chivateros (p. 50), que son sinónimos, es tratado de una forma muy confusa y se hace referencia a la información que dio inicialmente Eduardo Lanning en la década de los años 60 del siglo pasado, que se demostró que en parte era equivocada y que ha sido modificada. Este Complejo hoy es muy bien conocido y hay una cantidad muy grande de literatura que trata el asunto. Todo esto ha sido ignorado por el autor que, incluso, señala que "... todo este complejo gira alrededor del octavo o noveno milenio antes de nuestra era...", cuando en verdad el Complejo se desarrolló entre el sexto y el noveno milenio antes de nuestra Era, como lo ha establecido Chauchat, el más grande especialista en el tema. Además, no es verdad que "estaba en duda el fechado de los instrumentos de Paiján". Ellos fueron muy bien datados por Chauchat y nadie los ha puesto en tela de juicio. El autor, además, pretende enseñar al lector lo que significa el término "industria" para los arqueólogos (Nota 2, p. 50) indicando que se trata del "conjunto de artefactos". Y añade que "muchas de las lascas son desechos de talla y, en conjunto, no constituyen una 'industria'". Industria para los prehistoriadores no son sólo los artefactos sino también los desechos de la talla de la piedra.

Los datos que consigna el autor en su Nota 3 (p. 53) sobre las variaciones del nivel del mar hacia fines del Pleistoceno están desactualizados, pues son de 1959. Y este es un aspecto fundamental para la interpretación de la llegada de los primeros habitantes a nuestra costa. Varios estudiosos han tratado el tema con datos de la costa peruana (v.g. Chauchat y Sébrier) y son diferentes a los que nos presenta Lumbreras.

Más adelante se discute los hallazgos de puntas "cola de pescado" en nuestra costa (p. 56) y se dice que "se trata de hallazgos superficiales". Lo que pasa es que el autor ha utilizado las viejas fuentes de 1975 y 1979, sin tomar en cuenta los trabajos recientes de Briceño y de los alumnos del equipo de Dillehay. Si bien es un problema aún no resuelto, hay una serie de datos muy concretos sobre el particular.

Lumbreras señala la existencia de "cazadores especializados en vicuñas" en las punas de Junín, de "cultivadores" en el Callejón de Huaylas, y "pastores-cultivadores" en la zona de Ayacucho (p. 59). Y luego insiste en un planteamiento parecido sobre "al menos tres formas distintas de organización del trabajo" (pp. 60-61). Sería interesante que presentara las pruebas de lo que afirma, pues la

información existente no indica nada de eso y, hasta donde sabemos, una especialización de esa naturaleza no se dio en los Andes.

Llama tremendamente la atención que en un libro dedicado al reto fisiológico de vivir en los Andes, el autor al referirse a la vicuña afirme que “es un animal especializado a la altura” (p. 62). Esta es una vieja idea que se ha popularizado y que aún hoy se repite muy a menudo, desafortunadamente incluso en ambientes universitarios. Pero, como es sabido, es un concepto totalmente equivocado. Fueron justamente los fisiólogos los que cuestionaron eso e incentivaron al que escribe a buscar la información paleontológica, arqueológica e histórica que refrenda esta realidad. Los camélidos no son animales especializados de altura, sino que reúnen características fisiológicas que les permiten vivir en ese medio, a pesar que incluso ellos pagan un precio por eso. Es así que la vicuña, al igual que sus parientes cercanos del género *Lama*, tiene una serie de características anatómicas y fisiológicas que le permiten sobrevivir en las punas mejor que cualquier otro animal doméstico. Ello no significa sin embargo que no pueda vivir en zonas bajas, y los datos paleontológicos señalan que originalmente sus antecesores estuvieron extendidos en los territorios sudamericanos, muchos de ellos en tierras bajas, y Koford ha señalado que lo que empujó a estos animales a la altura no ha sido el factor fisiológico. Es incomprensible que los editores, dos especialistas en fisiología de altura, no hayan revisado el texto de Lumbreras.

El autor repite (p. 62) otro lugar común completamente equivocado, en el sentido que los animales menores como la vizcacha, son menos importantes para los cazadores que los animales grandes como los camélidos y los cérvidos. Los estudios que se hicieron de los grupos humanos cazadores-recolectores aún vivientes y que fueron magistralmente reunidos por Lee y De Vore demuestran fehacientemente que esto no es cierto.

Cuando trata el modo de vida de los cazadores-recolectores de la zona de Junín, el autor se basa exclusivamente en los trabajos de Rick (p. 63), que han sido cuestionados por varios especialistas, pero no toma en cuenta los de Lavallée y Spunticchia basados en evidencias mucho más concretas y que a todas luces son más coherentes.

Al discutir el problema de la domesticación de los camélidos (pp. 65-66) el autor hace una serie de disquisiciones que son pura imaginación suya e increíblemente no utiliza los datos de Wheeler que demuestran con evidencias concretas, a base de los restos que fueron excavados en la cueva de Telarmachay, cómo pudo darse este proceso. Sobre el mismo tema el autor entra en una flagrante contradicción (p. 67), pues en un párrafo afirma que fue el hombre quien fue “criando hábitos sedentarios en los animales”, pero en el párrafo siguiente admite que estos “viven en un territorio que el macho tiende a mantener

y defender". Es de todos conocida la territorialidad instintiva de los camélidos y el hombre no ha intervenido para nada en eso. Como tampoco ningún autor ha escrito, hasta donde llega nuestro conocimiento, que el hecho de que las alpacas prefieran los bofedales andinos para vivir sea consecuencia de una acción humana, como pretende Lumbreras. No hay ninguna evidencia al respecto.

Al referirse el autor a la práctica andina del chaco, pone como ejemplo para el lector la "documentación gráfica en la cerámica de Moche" (Nota 14, p. 72). En verdad las escenas que aparecen en la cerámica mochica no son de chaco, sino de una caza ritual que ha sido bien estudiada por los especialistas en iconografía de esa cultura.

Al escribir sobre los abrigos rocosos que fueron utilizados por el hombre para guarecerse (p. 74), se dice que ellos tenían "más carácter de campamento que de asentamiento estable". Si Lumbreras hubiera examinado la estratigrafía de Lauricocha, que es un buen ejemplo, no hubiera hecho esa aseveración tan ligeramente, pues en dicha cueva se nota claramente una ocupación continua de mucho tiempo.

En la parte final de su escrito, Lumbreras toca el fenómeno de domesticación de las plantas (p. 78) y escribió: "... todo aquello que es domesticable es finalmente domesticado, sin necesariamente ser eso parte de un 'programa de domesticación'". Esto no sólo no es correcto, sino demuestra un desconocimiento de la materia. El hombre ha jugado con la plasticidad genética de las plantas y los mecanismos de selección e hibridación. Lo que Pernés definió como el "síndrome de la domesticación". Pero este fenómeno no fue generalizado, como lo ha planteado Lumbreras, sino que el hombre utilizó ciertas particularidades genéticas preexistentes en las plantas. Y si se hace un análisis de la lista de aquellas plantas que en el ámbito universal han sido sometidas al proceso de domesticación por el hombre, se verá que no están representadas todas las familias, sino que predominan las Gramíneas y las Leguminosas, que son las que tenían aquellas características que el hombre pudo utilizar y que le eran útiles.

Hasta aquí hemos señalado los puntos más saltantes de este escrito. Consideramos, sin embargo, que hay una falta fundamental en el trabajo de Lumbreras, es decir que no se haya analizado la dificultad que significó la altura en los Andes en el momento que los primeros hombres ingresaron al continente sudamericano y cómo ésta fue superada. Esto es muy grave en un libro dedicado concretamente a este tema y es lamentable que Monge C. y León-Velarde S. no se lo hayan hecho notar al autor. Si bien es cierto que es un aspecto que ha sido ignorado por casi todos los arqueólogos, y si bien es verdad, como lo señalamos en varias oportunidades, que no hay ninguna posibilidad de encontrar pruebas directas de este fenómeno en los restos arqueológicos, indirectamente

hay una serie de evidencias que permiten entenderlo y explicarlo. Llama la atención que Lumbreras lo desconozca, pues Monge C. y el que escribe han discutido este tema in extenso al escribir sobre "El Hombre Andino" en el libro *Las Sociedades Originarias*, que fuera publicado por la Unesco en 1999, y en el que Lumbreras ha participado con la autoría de un capítulo.

Duccio Bonavia

Oswaldo C. Solís Pacheco. *Distrito de Leoncio Prado en la Historia del Perú*. Huacho: Lunagraf, 2003, 199 p., il. Presentación por Filomeno Zubieta Núñez.

En el momento en que la Academia Nacional de la Historia convoca a un concurso y a un congreso de historia regional llega a nuestras manos este primer libro de Oswaldo Solís Pacheco (Pichupampa, 1981), alumno del noveno ciclo de la especialidad de Ciencias Sociales y Turismo de la Universidad Nacional José Faustino Sánchez Carrión de Huacho.

Escrita a los 21 años de edad, cursando el joven autor la mitad de la carrera en la Facultad de Educación, la monografía *Distrito de Leoncio Prado en la Historia del Perú* es un tributo a su localidad natal con motivo del cincuentenario de su creación mediante ley n° 11973 (17 de enero de 1953), promulgada el 30 del mismo mes y año. La nueva jurisdicción municipal nació en la entonces provincia de Chancay, ahora Huaura, en el departamento de Lima. Su capital es el pueblo de Santa Cruz, a 3 278 m.s.n.m.

El aporte de Solís Pacheco es pionero, único, descubridor, sin antecedente conocido. Nadie antes se preocupó y ocupó de Leoncio Prado. Por eso, el lector desavisado puede encontrar algunas carencias, que ya son anunciadas en la introducción, en una especie de cláusula de humildad: *No es un trabajo acabado ni perfecto, pues hay mucho por investigar...* Lo cierto es que Oswaldo ha dado el paso decisivo para abrir a los leonciopradinos –sus paisanos– y, sobre todo, a los peruanos este pequeño mundo lleno de tantas cosas que llaman la atención, hasta lo aparentemente increíble como la mermelada de olluco o lo obvio, lo que se ve todos los días, lo que parece intrascendente. Él las sabe y las cuenta porque las ha vivido o averiguado; no solo es testigo, sino actor. Quiere reflejar lo mejor posible la realidad de su tierra, incluso ese espíritu que la hace singular. El contenido de su libro es comprensivo, pues pretende abarcar todos o, por lo menos, casi todos los aspectos entre el pasado y el presente de Leoncio Prado: ubicación geográfica, historia, vías de comunicación, madre naturaleza (orografía, hidrografía, regiones, flora y fauna), perfil laboral, manifestaciones sociales y